

buques de guerra cargados de municiones, y mandados por el duque de Richelieu, resobrino del cardenal; no cabiendo duda de que, si hubiesen atacado á la escuadra española, desamparada como se encontraba, la habieran derrotado. Pero el duque no hizo mas que desembarcar algunas municiones y se volvió, pues la intencion de Francia no era comprometerse en una guerra.

1648.
Abril.

Entretanto Enrique de Guisa se habia hecho proclamar duque de Nápoles, y habia esparcido la alegría por la ciudad con sus victorias (1). Arcos, odiado de amigos y enemigos, como causa de aquellos males, abdicó, y Don Juan de Austria quedó dueño de algunos barrios hasta que llegó el virey conde de Oñate. Este, habiendo atraído con astucia al duque de Guisa fuera de la ciudad, la ocupó; Genaro Anesio, que no podía sufrir con paciencia á Guisa como superior, al paso que este no queria tenerle por igual, entregó la llave del gran Torreon, y resonaron los gritos de alegría como ántes las blasfemias. Restablecióse la tranquilidad, y el duque de Guisa fué preso en su fuga y trasladado á España. De esta manera terminan las revoluciones cuando el valor y el furor no son dirigidos por la prudencia.

Poco despues llegaron los socorros que Guisa habia pedido á Francia; pero ya se habia desvanecido el ardor. El duque Tomas de Saboya, que iba á probar fortuna, se vió obligado á retirarse, y los Españoles lo tomaron como pretexto para vengarse. Decapitaron á Anesio, que sin embargo habia hecho traición al pueblo en favor suyo, y ahorcaron á sus principales compañeros. Ejerció el nuevo gobernador feroces venganzas, imponiendo á muchas personas la muerte, la cárcel y la confiscacion. Por último, el mismo verdugo fué ahorcado, convicto de haber recibido dinero para hacer padecer mas á los desgraciados que le entregaban.

Don Juan de Austria en la capitulacion habia

(1) Las Memorias de la Motteville y las cartas que cita, nos demuestran qué clase de héroe era el duque de Guisa. Habiendo sido encerrada en un monasterio su querida, la señorita Ponts, para que no se le antojase ir á Nápoles á hacer el papel de reina, escribió Enrique á Mazarino, quejándose de ello y del abandono en que se le dejaba, y añadía: « Mis esperanzas me han engañado, y me aflige el que vuestra eminencia me retire su proteccion, cuando mas la necesito. He arriesgado mi vida en el mar, he reunido en un mismo partido á casi todas las provincias del reino; he sostenido la guerra por espacio de cuatro meses, sin pólvora y sin dinero, y he hecho entrar en la obediencia á un pueblo hambriento, sin haber podido darle en todo este tiempo pan mas que dos dias. Cien veces me he librado de la muerte, que me amenazaba, ora con el veneno, ora con el puñal. Todos me han vendido; mis mismos criados han sido los primeros que han causado mi ruina. La armada naval (de Francia) no se ha presentado mas que para arrebatarme el crédito entre el pueblo, y en consecuencia el medio de llevar á feliz término la empresa. Pero lo que es mas doloroso, es el disgusto causado á mi amada, haciéndola entrar en otro monasterio que aquel adonde yo le habia rogado que se retirase. De esta manera me veo privado de la única recompensa que pedía para mis fatigas. Sin esto, poco me importa la grandeza, la fortuna y hasta la vida; me abandono á la desesperacion, y renuncio á todo sentimiento de honor y de ambicion; no me queda otro deseo que morir, para no sobrevivir á un pesar que me hace perder la tranquilidad y la razon. »

abolido las gabelas; insensata exageracion, que reducía á la miseria á millares de familias que vivían de ellas. Restablecieronse pues; pero organizándolas mejor, y el fuego quedó como cubierto con las cenizas. No obstante, aun permanecían muchos nobles fugitivos ó desterrados: otros estaban muy irritados; y así, Enrique de Guisa, habiendo recobrado la libertad, recibía excitaciones de todas partes para que volviese á probar fortuna. El cardenal Mazarino le dejó preparar una expedicion por su cuenta, prometiéndole ayudarle en caso de que venciese. Enrique, despues de proporcionarse dinero á cualquier precio, se dió á la vela desde las costas de Provenza con siete buques de alto bordo, quince mercantes, seis galeras y seis tartanas; pero perdió muchos en la travesía.

Aunque el virey se puso en defensa y prometió el perdon á todo el que se portase bien, el duque de Guisa desembarcó en Castellamare, y se habria apoderado de Nápoles si hubiese obrado con actividad; pero falto de viveres, no viéndose secundado, como lo esperaba, aborrecido por los aldeanos á quienes le era preciso despojar, tuvo que volverse á Francia con la gente que le quedaba, y España echó de nuevo sobre aquel teatro de desórden su manto recamado de escudos de armas y forrado de una púrpura sangrienta.

Varios pintores tomaron parte en aquella revolucion, y fueron victimas de ella; otros la inmortalizaron con su pincel, como Salvador Rosa, Spartaro, Falconi y Francisco Francanzano, que despues intentó promover otra; pero habiendo sido descubierto, en lugar de mandarle ahorcar, el conde de Oñate le hizo envenenar.

Aun no eran estas bastantes miserias para Nápoles; la peste (que casi de continuo estuvo unida á las desgracias de aquel siglo, tan pomposo como desgraciado), se cebaba entónces en Cerdeña; sin embargo, el virey de Nápoles, para las necesidades de la guerra, sacaba de allí tropas, las cuales llevaron consigo el contagio. En vano prohibió hablar de él, y mandó á los médicos negasen que existia; el mal se extendió con el furor natural en una ciudad populosa y poco aseada. Millares de personas morían diariamente, y los cadáveres que quedaban sin sepultura, ocasionaban nuevas muertes. Opusieronse al azote los mismos remedios que en Lombardía, adonde se habia introducido de la misma manera. Maldecía el pueblo á los Españoles, acusándoles de ser los autores del mal; pero en lugar de imputarlo como debia á su descuido, suponía en ellos una absurda voluntad deliberada, diciendo que asalaríaban á los envenenadores y mágicos, y que por esto era por lo que perecían mas pobres que ricos. En consecuencia, dió muerte á muchas personas en el arrebato de su furor, y á otras, precediendo las formas judiciales. Entretanto le peste se extendía por las provincias; pasaba á Génova, que habia preferido

Juan
de
Austria.

1651.

26 de
noviem.
bre.

1656.

Peste.

aquella terrible eventualidad á la interrupcion del tráfico (1); y estallaba en Roma, donde tambien se creía que procedía de los Españoles, irritados de que el papa hubiese recibido al embajador portugues. De esta manera el vulgo atribuía la peste física á aquellos que eran verdaderamente su peste moral.

CAPÍTULO XXXII

Venecia.

Animaban á Venecia pensamientos muy distintos. Habíanse pasado sus hermosos dias, y ya no era formidable en lo exterior como cuando resistió á la liga de Cambray; sin embargo, hacíase aun respetar en Oriente. Habia estipulado con Soliman I el libre comercio, y asimismo tener en Constantinopla un bailío trienal, pagando de tributo 10,000 ducados al año por Chipre, y 500 por Zante. Cuando vió que no podía contar con el auxilio de los Cristianos, renovó el tratado de paz con los Turcos, cediendo á Chipre y otros lugares, y haciendo ascender á 1,500 ducados el tributo que pagaba por Zante, al paso que desembolsando 8,000, redimió el concerniente á Candía, á cuya isla pasó Jacobo Foscarini, revestido de autoridad dictatorial, y promulgó allí leyes.

Pero mientras debía estar en guardia contra la Turquía, no podía fiarse del Austria, la cual deseosa siempre de poner en comunicacion directa sus posesiones eslavas con las italianas, la estrechaba por todas partes y amenazaba su existencia. Reducida, pues, á atender á su conservacion, viviendo del comercio y de la política, dirigía su prudencia á mantener el equilibrio, especialmente en Italia. Por lo mismo se oponía á todo engrandecimiento de España, y esta á su vez la odiaba de corazon, mayormente desde que la vió unirse á Enrique IV, que pidió ser inscrito en el libro de Oro, donde figuraron sus descendientes hasta que los borró con su propia mano el fugitivo Luis XVIII, cuando la espirante república no se atrevió á concederle hospitalidad.

Como si hasta la naturaleza conspirase con los hombres, una tormenta espantosa hizo pedazos en 1613 cuantas naves se encontraban en los puertos del Mediterráneo; mas á pesar de esto, á pesar de la desventaja que le resultó de haber cambiado de rumbo el comercio, Venecia era aun poderosa en los mares. Cuando Enrique III visitó aquel territorio y se le dieron las fiestas cuya memoria todavía dura, en el solo dia que empleó en observar el arsenal,

(1) Solo diez mil habitantes se quedaron en la ciudad, y entónces un sentimiento de piedad inspiró á los ricos la idea de construir la casa de pobres. De triste memoria es el modo con que en Aquasola fueron los cadáveres echados en unos vastísimos subterráneos que servían de almacenes de granos; pero como se hinchasen en aquel lugar, se abrió un pasadizo, por manera que se formó como un rio de corrupcion que aumentó el horror en aquella triste ciudad.

se hizo, armó, botó al mar y equipó una galera; y los dos primeros buques que el czar Pedro tuvo en el Mar Negro, fueron construidos en Venecia, adonde envió sesenta oficiales jóvenes para que se instruyesen.

Venecia conservaba á los países en que ejercía dominio sus privilegios y estatutos, y el tribunal de los Diez castigaba cualquiera violacion de los mismos. Enviaba á ellos corregidores y capitanes; el podestá presidía el consejo de los nobles que representaban á las ciudades, al paso que los representantes del territorio eran presididos por un capitán. Así las ciudades como los territorios tenían nuncios y patrocinadores en Venecia, y acostumbraban elegir un patrono entre los nobles. El pueblo vivía en Venecia contento; la Señoría procuraba que reinase siempre la abundancia, y la industria estaba floreciente; el comercio con países distantes se veía protegido, dejando complacidos y gananciosos á los que á él se dedicaban; las guerras no pesaban sobre los habitantes, pues se hacían á menudo por mercenarios y no turbaban el sosiego de la capital; la justicia se administraba con rapidez é igualdad, hiriendo tambien al noble quizá mas rigurosamente; las clientelas atraían al rico el afecto del pobre, y las frecuentes fiestas divertían á todos.

La capital contaba en 1650 doscientos cincuenta mil habitantes, cuyo número se aumentó en 1680 una cuarta parte mas; las rentas del Estado ascendían á 3.859,000 cequies, y los gastos á 2.898,000 (1); este millon excedente se depositaba en una caja inviolable, para atender á los casos extraordinarios que la malevolencia ó la ambicion sabían suscitar á menudo. En la guerra de Chipre, el Erario se habia encontrado en pérdida, y como se creyese que la culpa era de los Diez, se formó una conspiracion, y no obtuvieron votos para la junta, que en consecuencia quedó abolida (1583). Se confió el manejo de los caudales públicos á magistrados dependientes del Senado, y se quitaron á los Diez las atribuciones relativas á cuentas, así como tambien las legislativas y políticas, dejándolos reducidos á constituir un tribunal supremo para los delitos de Estado, y ordinario para juzgar á los nobles.

Este tribunal hacía pesar sobre el país su misterioso poder: las denuncias y los procedimientos secretos desterraban aquella seguridad del inocente, que es la mas preciosa de todas las propiedades. Se habian organizado partidas de espías para ponerse á escuchar en las puertas de las casas, indagar los pasos, y servir de instrumento á las pasiones. Notaron que, entre otros, el senador Antonio Foscarini iba en secreto á casa del embajador de Francia, lo cual en un noble era un crimen capital. Prendiósele pues, y declaró, que se dirigía allí por la noche y disfrazado para acudir á la cita de una dama, cuyo nombre no le permitía el

Los
Diez.

1621.

(1) Noticia sacada de Bedmar.

honor descubrir. Fué sin embargo ahorcado, y al poco tiempo se supo que había declarado la verdad. Este hecho disminuyó el crédito que los Diez habían recobrado por el vigor que mostraron en las cuestiones con Roma (1).

Renier Zeno acusó al dux Juan Cornaro de que violaba la ley fundamental de 1473, dejando vestir el traje de cardenal á su hijo; y habiendo sido nombrado presidente del consejo de los Diez, le amonestó. Cornaro contestó: se empeñaron en la cuestion; y resultaron de aquí dos partidos llamados de los cornaristas y de los zenistas, representando los últimos á los hombres de dinero y á los ciudadanos deseosos de cortar los vuelos á la aristocracia por medio de la autoridad de los Diez. Se eligieron cinco correctores de las leyes para revisar las de la república, mostrando cuantos delitos se dejaban impunes, de suerte que se cometían mas homicidios en un año en el Veneto que en toda Italia. Las arbitrariedades usadas entónces por los Diez los deshonraron; tanto que en la eleccion de 1628 ninguno obtuvo votos suficientes, y el tribunal iba á quedar abolido. Pero el pueblo empezó á alarmarse, pues veía en él una salvaguardia contra las exorbitancias de los nobles; por otra parte, los mismos patricios lo sostuvieron, prefiriendo esto á verse confundidos con la plebe en los tribunales ordinarios; en consecuencia, fué reelegido aquel tribunal, si bien se le prohibió entrometerse en las leyes del gran consejo, amplificarlas ó restringirlas; tampoco se le confirió ya inspeccion sobre los magistrados, ni facultad de perdonar á bandidos; de este modo entró en la clase de dependiente.

Hemos hablado ántes (pág. 272) de una controversia ruidosa con el papa, en que Venecia, pareciendo representar las opiniones protestantes, se ponía en mayor oposicion con la católica España. Susurrábase que buscaba y concedía

(1) El consejo de los Diez enmendó en lo posible lo hecho con Antonio Foscarini, por medio del decreto de 16 de enero de 1622, que fué leído en el gran consejo; posteriormente se le puso en San Eustaquio la siguiente inscripcion:

ANTONIO FOSCARINO EQUITI BIVIS LEGATIONIBUS
AD ANGLIÆ GALLIÆQUE REGES FUNCTO, FALSOQUE
MAJESTATIS DAMNATO, CALUMNIA JUDICII DETECTA,
HONOR SEPULCHRI ET FAME INNOCENTIA X VIRUM
DECRETÒ RESTITUTA MDCXXII.

Marco Forcarini, reformador, en una arenga pronunciada en la correccion de 1761-62, decía: «Tengo por tradicion doctórica la grata y tierna memoria de aquel día 16 de enero de 1622, en que se declaró solemnemente en el gran consejo, y pasó nota á todas las córtes, comunicándoles la trágica aventura acaecida por la noche á un ciudadano, que había desempeñado las primeras dignidades de la patria. Entónces fué cuando mi pobre casa recibió las visitas de infinitos nobles que acudieron á manifestar sentimientos mezclados de lágrimas y consuelos, etc.»

Sería menester poner en 1503 la segunda causa contra Fornaretto, pero parece fabuloso. Yendo este cierta mañana á llevar el pan á las casas, halló la vaina de un puñal, y se la metió en el bolsillo. La ronda, que había sacado del canal un muerto, arrestó á Fornaretto, y le halló encima aquella vaina, que correspondía al puñal que tenía en el corazon el hombre asesinado. Era esto suficiente para formarle sumaria; la cuestion debió hacer lo demas.

su apoyo á los Católicos, que andaba en tratos con Holanda, y que enviaba dinero y municiones á los reformados en la guerra de los Treinta Años; por lo cual decia el embajador español: *Aut Roma, aut Carthago delenda est.*

Se llamaban uscocos, que en el idioma ilírico significa fugitivos (1), los rayas que, sustrayéndose del poder de los Turcos, de la Croacia, de la Albania y de la Dalmacia, se habían refugiado en las costas mas inaccesibles. Muchos que acogió un señor húngaro de Clissa, fortaleza que domina á Spalatro, hacian desde allí incursiones contra los Otomanos, hasta que se les arrojó de aquella guarida. Segna (Zengh) situada dentro del Golfo de Quarnero, entre escollos inaccesibles á los buques de alto bordo, era pretendida por los Húngaros, y amenazada por los Turcos: creyó, pues, el emperador excelente medio para conservar aquella plaza instalar en ella á los uscocos. No podían vivir allí sino como corsarios; hicieronse muy hábiles en navegar entre aquellos islotes y bancos de arena; y no contentos con apresar los bajeles turcos, pronto persiguieron también á los cristianos. Aumentándose su número con todos los Italianos y Austriacos que deseaban ejercer su valor ó continuar sus desafueros, saquearon las ciudades de la Dalmacia, y burlaban la persecucion de los buques armados para destruirlos. Los Turcos dirigian amenazadoras quejas á Venecia, y Venecia lo hacia al emperador, que mandaba ahorcar á alguno de cuando en cuando; pero los uscocos sabian proporcionarse la impunidad enviando regalos á Viena. Añádase á esto, que al emperador no le agradaba hacia mucho tiempo la arrogancia de los Venecianos, que pretendian convertir el Adriático en propiedad suya, y reservarse los transportes con exclusion de todos los demas, miéntras él sostenía que aquel mar debía ser libre para todos los que habitaban en sus costas.

Cansada la Puerta de quejarse en vano, declaró la guerra al Austria que se dejó ayudar por aquellos foragidos, y que, protegiéndolos abiertamente, aumentó la audacia de sus devastaciones. La guerra se empeñó de una manera atroz, y hubo bárbaras rivalidades de suplicios, encontrándose cada persona reducida á defenderse y hacerse justicia á sí misma. Venecia, que carecia ya de seguridad en la navegacion, viéndose atacada por la Puerta, entró en el Friul austriaco, sitió á Gradisca, destruyó en la costa algunas aldeas, guardadas de piratas, y se unió á los Provincias Unidas y al duque de Monferrato. Entónces Don Pedro de Toledo, gobernador del Milanesado, ocupó á Vercelli; el duque de Osuna adelantó sus galeras por el Adriático, y glorioso con haberse apoderado de algunos buques venecianos, tomó por divisa el caballo con estas palabras: *Victorioso en el mar y en la tierra.* La paz de Paris concluyó las hostilidades me-

(1) *Uscocok*, propiamente quiere decir el que ha saltado dentro, esto es, el que ha penetrado en el campo de asilo; el desterrado que ha encontrado una patria.

dante la restitucion de las ciudades cogidas al Austria, que reprimió entónces á los uscocos. Hubiera debido restituir también las presas hechas y pagar una fuerte indemnizacion; pero de día en día dilataba la devolucion, quejándose de que Don Pedro de Toledo y el duque de Osuna se negaban á entregar á Vercelli y las galeras capturadas, y á licenciar sus tropas.

De improviso el consejo de los Diez mandó prender y dar muerte á algunos extranjeros. El pueblo, ignorando el motivo de tal determinacion, en la oscuridad de aquellos misteriosos procedimientos, repitió que se había preso y muerto á centenares de personas; que se había descubierto una conjuracion, cuyo objeto era pegar fuego á Venecia y destruir la república; que muchos nobles estaban complicados en ella, y como Alfonso de la Cueva, marques de Bedmar y embajador de España, salió en aquellos dias de la ciudad, se presumió sería el autor de la trama. Conjeturas dudosas, tanto mas cuanto que continuaron con España las relaciones de amistad, y el gobierno no publicó ningun dato, limitándose á mandar que se tributase gracias á Dios por la salvacion de la república.

Los historiadores adoptaron relaciones puramente imaginarias, especialmente el abate de Saint-Real, escritor tan agradable como infiel, que compuso una pequeña novela, cual fué la suposicion de que el duque de Osuna había tramado aniquilar á Venecia, incendiaria, degollar al dux y á los senadores, y ocupar la tierra firme. Para esto, segun él, estaba en relaciones con muchos Franceses, con Don Pedro de Toledo, con Bedmar, hallándose todo á punto de estallar cuando la casualidad ó la traicion lo puso de manifiesto. No ha sido posible á los criticos sucesivos ilustrar positivamente los hechos, atendido el secreto de que se rodeaba aquella república; sin embargo, parece indudable que se fraguaba una conspiracion por algunos soldados mercenarios, licenciados en Francia al concluirse las guerras civiles, y que habían entrado al servicio de Venecia; principalmente por un tal Jacobo Pierre, natural de Normandía, hombre de accion y corsario en extremo práctico, el cual, para adquirir partidarios, prometió el apoyo de la España; el proyecto, no obstante, fué descubierto en su origen, y castigado con la muerte de un corto número de personas (1).

Pero ¿encontrábase la España complicada realmente en aquel asunto? Repetiremos que los gobiernos de entónces oían y ayudaban á todo el que trataba de perjudicar á sus enemi-

(1) Tal es la idea que se forma leyendo á RANKE, *Über die Verschwörung gegen Venedig im Jahr 1618*. Berlin, 1832. Refuta de una manera invencible á Dara, el cual supone, por el contrario, que Venecia estaba de acuerdo con el duque de Osuna, cuya intencion era ceñirse la corona de rey; pero que siendo descubiertos sus designios, había degollado tanto á los engañados como á los engañadores, y sepultado en los canales á centenares los testigos de su deslealtad. — Botta dice: «Mas de quinientas personas fueron ejecutadas; inmensa carnicería, digna de una inmensa traicion.» Así se expresa quien, por otra parte es panegirista perpétuo de Venecia! — Véase la aclaracion M.

gos, y parece probado que no era simple jactancia de los conjurados el apoyo con que contaban por parte de aquella nacion. Hemos visto al duque de Osuna buscar todos los medios de causar daño á Venecia, y usar de fugios para eludir la paz; dando mas bien á entender que queria arruinar pronto aquella república; pero no nos atrevemos á asegurar que fuese de la manera que se ha supuesto (1).

CAPÍTULO XXXIII

La Saboya. — La Valtellina. — Génova. — Sucesion de Mantua.

Miéntas que el resto de Italia declinaba cada dia mas, se formaba al pié de los Alpes un Estado destinado á impedir que el nombre italiano pereciese. La Saboya, limitrofe de Francia y parecida á ella por su organizacion civil y política, sentía que le iba faltando parte de la independencia necesaria á un país que tiene vida propia, y aspiraba á obtenerla. El ducado de Saboya, el principado del Piamonte, la soberanía del marquesado de Saluzo, de Ginebra y del país de Vaud, Bresse, Bugey, el país de Gex y el marquesado de Monferrato constituían la herencia de los descendientes de Humberto, el de las blancas manos. Colocados aquellos príncipes en medio de grandes potencias y con un territorio fraccionado, tuvieron que dedicarse á redondearlo con actividad incesante y aumentando sus fuerzas militares, que guiaban en persona. Mostrábase respetuosos para con el emperador de Alemania, á fin de obtener privilegios cuando se viesen obligados por la necesidad; y las rivalidades de los diferentes Estados limitrofes eran para ellos ocasion de alianza ó de pequeñas guerras, emprendidas siempre en provecho de su engrandecimiento, al cual cooperaban también los vínculos de parentesco que contraían oportunamente.

Cuando Amadeo VIII, que fué el primero que obtuvo el título de duque (1416) y fijó la sucesion por orden de primogenitura, de modo que sus

(1) En la correspondencia de los agentes del duque de Urbino en Nápoles, publicada en el *Archivo storico*, t. IX, pág. 229, se lee con fecha 14 de abril de 1617: «En atencion á que las cosas que están pasando pertenecen mas ó menos á V. A. S., si bien es peligroso escribir acerca de ellas, no debo guardar silencio. Se armaron aquí ocho barcos, entre galeones y bergantines, sin saberse el objeto; pero luego se ha sabido por el mismo duque de Osuna que había sido para enviarlos al golfo contra los Venecianos. Con un idéntico se acaban de armar otros cuatro, y S. E. ha tomado prestada á la ciudad la artillería que se conservaba en San Lorenzo. Habiéndose quejado el papa de semejante armamento, se dice que S. E. le ha escrito que los Venecianos merecen esto por sus muchas culpas, con otras palabras. Se están fabricando diez barcas largas y chatas para entregarlas á los uscocos, los cuales prometen apoderarse de Venecia é incendiar su arsenal. Se ha concedido á los mismos uscocos por edicto público el que puedan hacer escala en todos los puertos y ciudades marítimas de este reino; de modo que no faltarán desastres en los mares.» Una carta de Dolisti al duque de Toscana, con fecha 8 de enero de 1618, refiere que Osuna, hallándose á la mesa con muchos barones, se jactó de que *había entrado en su deber* á los Venecianos.